El comodoro Amando López, en uno de los barcos deportivos del Club Náutico Dos Mares de Los Alcázares. :: A. SALAS

▶ **Quién.** Amando López Gullón.

▶ **Qué.** Comodoro.

▶ **Dónde.** Los Alcázares.

▶ **Pasiones.** El mar y la fundición de arte.

▶ **Pensamiento.** «El mar te enseña a conocerte».

▶ **Momento estelar.** Viendo un amanecer en alta mar.

:: ALEXIA SALAS

PROPIOS Y EXTRAÑOS

Proa a mar abierto

Amando López Gullón, comodoro del Club Náutico Dos Mares, fundidor de esculturas, lobo de mar: «Para pasear en barco no cuentes conmigo», avisa

A pesar de su nombre, Amando no es hombre de gerundios lentos y contemplativos. Si acaso, de 'surcando' mares, aunque al comodoro del Club Náutico Dos Mares de Los Alcázares le encajan mejor los infinitivos que acaparan océanos, los presentes con el viento quemándote las pestañas y, como a los lobos de mar, los pasados de travesías inolvidables que se paladean con una copa en cualquier costa, cuando la noche atrae olor a raíces e insomnio, a relatos y humedad. Quien ha sobrevivido a muchas travesías siempre se convierte en buena compañía, además de que, como aconseja su paisano Pérez-Reverte, «sabes a quién confiarle el timón cuando la mar pega a través».

«Para pasear en barco conmigo no cuentes», dice tajante el comodoro, mando de la dársena deportiva y de la escuela de vela, o sea, el capitán de un gran barco en tierra. Para Amando, «el Mar Menor es un lujazo pero con el tiempo se te queda chico», por eso sale disparado cada vez que la vida le iza la bandera blanca a buscar la velocidad sobre las olas: «Lo que engancha es la competición, la adrenalina, por eso navego todos los fines de semana del año. Si hago cuentas, he pasado más del cincuenta por ciento de mi vida en el agua». La otra mitad la ha vivido pegado al horno de la fundición familiar, que creó su tatarabuelo en 1810. «Hacía bielas y piezas de motor, pero después derivó a figuras ornamentales, y ahora los trabajadores son escultores», cuenta de la factoría donde nacieron bronces que habitan las calles, como el arrocero de Calasparra o el marinero de Cartagena.

Este marino no es de metal y regatea en Los Alcázares y Cartagena, además de apuntarse a todas las singladuras de largo recorrido que parten de la costa murciana: «Yo me aburro en un crucero y huyo de la playa. ¿Qué coño hago yo en Calblanque con los lagartos?, pero verlo desde el mar es una maravilla», suelta amarres. «Me falta cruzar el Atlántico», dice como si cumpliera con la lista de la compra.

Al mar lo enganchó el windsurf de juventud: «Practicábamos en tablas tercermundistas o íbamos en botes de pesca hasta la Escuela de Pieter», comparte la memoria de tantos navegantes de la mar pequeña. De ahí al veneno de las regatas en crucero fue un salto sin retorno: «No sabes cómo engancha. Hay gente que se separa y todo porque no piensa en otra cosa», avisa el comodoro, que nada y guarda la ropa en inofensivos paseos familiares, aunque te asomas al ojo de buey de estribor de este marinero y no ves excursiones con merienda, sino furia de mar, noches en vela con la ropa calada y lejanías del color de las algas. Si no lo leyó de Álvaro Mutis, el comodoro lo sabe por sí mismo que «no somos los hombres lo mejor que hay en la tierra».

«Después de más de 200 millas desde Melilla se nos rompió una vez el palo y tuvimos que entrar con la vela sujetada entre cuatro hombres para que no nos descalificaran. No depende de los metros del barco. La dimensión la pones tú», habla del pundonor del marino. Para adrenalina la que sube como el champán cuando «te encuentras de pronto con un mercante de los grandes, y no hay cojones a frenarlo. Como tú no controles, te traga». «El mar te enseña a conocerte, porque te pone al límite, con noches de guardia y días enteros con la ropa mojada, sin abandonar nunca tu puesto y sustituyendo rápido al compañero, porque ahí no existe el individualismo. No vale ponerse uno a salvo», habla del comodoro. «Navegar es perder el motor, es hacer un as de guía mientras con la otra mano aguantas la vela. En el mar tienes que ser un MacGyver. Tu vida puede depender de eso», ha aprendido.

Ya en tierra, lo vivido en las fauces del mar, «me ha enseñado a valorar más las cosas. Me siento bien en el agua, y luego te quedan esos amaneceres y puestas de sol que te hacen pensar ¿y para qué ser millonario?».